

reconocimiento es mayor por el enfoque adoptado en la reconstrucción histórica; a pesar de las limitaciones que conlleva el abordar el estudio de la ciencia desde la óptica físico-química y matemática únicamente, lo que conlleva prescindir de las aportaciones procedentes del campo humanista, es de justicia académica reconocer que los análisis y estudios ofrecidos en la obra no son meros productos de laboratorio o de construcciones especulativas (los hechos científicos en perspectiva histórica), sino que esos avances se explican desde su conexión con la sociedad española de cada momento (cultura, economía, política, educación, etc.) que supone interpretar la ciencia como un instrumento al servicio del desarrollo y progreso general de una sociedad al igual que otros vehículos como la educación, la economía o la sanidad.

En segundo lugar, alguna observación y referencia a la estructura organizativa del contenido de la obra. En este sentido, destacar que la organización temática no viene determinada por las etapas históricas, las cuales están marcadas casi siempre por el ejercicio de la política; la ciencia, la educación, la sanidad y otros fenómenos de la vida social no se ajustan estrictamente a la cronología marcada por el devenir político; o mejor dicho, pueden ser explicados con mayor perspectiva si no los circunscribimos a una determinada cronología. Es igualmente cierto que no podemos obviar la relación entre libertad de pensamiento y desarrollo científico. De todas formas, me gustaría presentar los capítulos que componen el índice de la obra que tenemos la oportunidad de valorar: “Ciencia y tecnología en España (siglos XVI-XVIII)”; “Naturaleza y biología en la España del siglo XIX: de González de Linares a Cajal”; “Física, matemáticas y química en la España del siglo XIX”; “Echegaray, entre la ciencia, la literatura y la política”; “Un pionero de la tecnociencia: Leonardo Torres Quevedo”; “Un nuevo mundo científico: la Junta para Ampliación de Estudios”; “Blas Cabrera y la física en España (1900-1936)”; “La gran oportunidad frustrada de la matemática en España: Julio Rey Pastor”; “ciencias naturales y biomédicas: el primer tercio del siglo XX”; “La Guerra Civil y la ciencia”; “Ciencia e ideología: el Consejo Superior de Investigaciones Científicas”;

“Ciencia y técnica en la España franquista: aeronáutica y energía nuclear”

En esta historia de la ciencia española juegan un papel destacado, como no podía ser de otra manera, los grupos krausistas, institucionalistas o figuras progresistas cercanas al espíritu de la ILE; de ellos dependerá la creación de buena parte de instituciones y centros emblemáticos del desarrollo científico español y también la conexión con los avances de la ciencia en el contexto europeo y norteamericano. Nombres destacados en esta tarea son los de Augusto González Linares, Laureano Calderón, Salvador Calderón, Luis Simarro, Lucas Mallada y Pueyo (éste más conocido como regeneracionista que como ingeniero y catedrático de paleontología en la Escuela de Minas), Ignacio Bolívar y Urrutia, Odón de Buen, Santiago Ramón y Cajal y una larga lista. No obstante, de entre todos los centros, proyectos y desarrollos institucionales cabe destacar la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (1907) en la que tuvieron la ocasión de investigar los mejores cerebros de la ciencia española del momento.

Finalmente, me gustaría poner de manifiesto la importancia de la lectura de esta obra no sólo para los investigadores de la historia de la ciencia en España (especialmente en los ámbitos de las ciencias naturales y medicas o biomédicas), sino también para los historiadores de la educación por dos razones de contenido; una, en cuanto supone una aproximación clara a la implicación de los institucionalistas en la modernización de la ciencia en España y otra, porque la obra es una gran aportación a la historia del currículum en las distintas esferas de la ciencia y su desarrollo institucional.

LEONCIO VEGA GIL

TUSQUETS, Joan: *El què i el perquè dels dos Concilis Vaticans*. Prólogo de Jaume González-Agàpito. Barcelona, Santandreu editor, 1999, 210 pp., cm. 14,5 x 21, ISBN 84-87613-97.

La editorial Santandreu que dirige infatigablemente Jaume González-Agàpito nos

presenta en esta ocasión una obra singular. En efecto, se trata de un manuscrito que monseñor Juan Tusquets Tarrats (1901-1998) entregó en vida al doctor Jaume González-Agàpito con el encargo que se publicase después de su fallecimiento. De ahí que pocos meses después de su muerte aparezca este libro que, si bien contiene algunas reflexiones y comentarios que lo acercan al género memorialístico, en realidad constituye una reflexión teológica de carácter cultural y comparativo. Aunque no es el momento de describir la biografía de Monseñor Tusquets —últimamente Ramona Valls ha publicado un interesante estudio sobre *Pedagogos comparatistas catalanes del siglo XX: Rosselló, Tusquets, Sanvisens (1998)*— no podemos dejar de recordar que, además de enseñar historia de la filosofía moderna y contemporánea en el Seminario Conciliar de Barcelona, obtuvo en 1956 la cátedra de Pedagogía General de la Universidad de Barcelona, dirigiendo durante veinticinco años la prestigiosa revista *Perspectivas Pedagógicas*, dedicada especialmente a cuestiones educativas de carácter comparado.

A tres metas apuntaba el espíritu de renovación promovido por el cardenal Mercier a comienzos de siglo, cuando Tusquets estudió en la Universidad de Lovaina: superar el criticismo kantiano, vindicar históricamente el pensamiento escolástico y singularmente el de Santo Tomás, y elaborar una filosofía que integrase en las coordenadas tradicionales los hallazgos de la ciencia y el estilo moderno de pensar. Espíritu precoz, Tusquets fue cofundador de la revista filosófica *Criterion* y secretario de la misma entre 1926 y 1934. Desde primera hora, porfió por distanciarse del pensamiento kantiano y de una filosofía contemporánea que —a su entender— se desarrolló como una glosa a la crítica kantiana. Fiel a la tradición aristotélico-tomista, siempre fue partidario del realismo objetivista. De hecho, la filosofía de Tusquets se caracteriza por la defensa del principio de identidad, al que acompaña un realismo gnoseológico abierto —de conformidad con la filosofía aristotélica— a la analogía y, por ende, a la comparación.

Al igual que el Estagirita, Tusquets ha sido un teórico y un práctico de la comparación cultural y pedagógica. En realidad, buena parte de la obra de Tusquets se inscribe,

precisamente, en una perspectiva de claro signo culturalista. No por azar, Tusquets polemizó desde su juventud con dos de nuestros mejores intelectuales del siglo XX, a saber, Ortega y Gasset y Eugenio d'Ors. No podía ser de otro modo, ya que frente al historicismo orteguiano (según aquel sistema de ideas y creencias dibujado por Ortega) y a la estética cultural orsiana (sintetizada en el discurso de la restauración clásica que bebe en las fuentes de la mediterraneidad), Tusquets esgrimió una cultura enraizada en la tradición católica. Mientras Ortega disuelve la categoría de substancia en beneficio de un vitalismo proclive al relativismo y al escepticismo y Eugenio d'Ors reclama la enseñanza de la mitología (como parte integrante de un clasicismo paganizante de ascendencia mediterránea), Tusquets —otro campeón del culturalismo pedagógico— defiende un catolicismo abierto al signo de los tiempos. Rememorando al mismo Tusquets —tan ávido siempre de etiquetar las cosas—, podemos decir que su posición representa un sedentarismo aperturista porque, desde la fidelidad a la tradición, desea responder al signo de los tiempos de acuerdo con el espíritu renovador lovainense.

Pero Tusquets también dedicó su atención —desde el primer momento— a los aspectos pedagógicos, cosa lógica si consideramos que la pedagogía se convierte en la garante de la cultura, de una cultura heredada que hay que actualizar a fin de no caer en el inmovilismo sedentario. Catedrático de Pedagogía en el Seminario Conciliar de Barcelona desde 1926; director de las escuelas parroquiales de San José de Gracia entre 1928 y 1936; fundador y director de la revista *Formación Catequística* que, a partir de 1939, se denominó *Orientación catequética*; profesor de Pedagogía de la Escuela Diocesana de Magisterio (1948-1956); Tusquets accede a la cátedra universitaria siendo juzgado por un tribunal presidido por Juan Zaragueta. En realidad Tusquets fue el encargado de restaurar los estudios de Pedagogía en la Universidad de Barcelona, después de la salida al exilio en 1939 de la casi totalidad del profesorado que integraba el Seminario de Pedagogía durante la época republicana (1930-39). De alguna manera el papel que desempeñó Joaquim Xirau durante aquellos años republicanos era asumido ahora por Juan Tusquets que siguiendo el

magisterio de Zaragoza y con la colaboración del Dr. Font y Puig, conectó el neoescolasticismo y la pedagogía a fin de fundamentar una pedagogía católica en la línea de la escuela alemana, representada por Otto Willmann, Josef Göttler (de quien Tusquets tradujo su *Pedagogía Sistemática*) y Friedrich Schneider (encargándose de la versión española de su obra *La pedagogía comparada*).

Buscando armonizar los diferentes exclusivismos que se concitan en la pedagogía, Tusquets asume una actitud ecléctica de manera que su *Pedagogía General* —según manifiesta en su *Teoría de la Educación*— no es “acentuadamente racional, ni experimental, ni sistemática, ni crítico-histórico, ni analítica, ni sintética, sino *problemática*”. En realidad, defiende una educación de la problematización —y por tanto, una pedagogía de la problematización— que se fundamenta en una antropología de la problematización ya que, para Tusquets, el hombre es un ser problemático y problematizador. Por consiguiente, la educación debe capacitar al hombre para plantearse y resolver con acierto todos los problemas radicalmente humanos. Esta conceptualización problemática de la educación y de la pedagogía, hace que Tusquets busque una conciliación ecléctica, según una fórmula bien conocida: “La Pedagogía General, y la educación por ella regulada, es sustantivamente unitaria y adjetivamente pluralista; sustantivamente esencialista y adjetivamente existencialista; sustantivamente personalista y adjetivamente socialista, y sustantivamente tradicional, pero adjetivamente progresista”. En resumen: una pedagogía perenne que fiel al pensamiento cristiano se centra en los problemas del ser humano, a la vez que se abre a los progresos de la ciencia.

En 1986 Tusquets publicó un interesante libro —*Tarzán contra Robot. El neomadismo y el neosedentarismo protagonistas de la crisis contemporánea*— en el que dejaba constancia de su peculiar (y a la vez creativa) interpretación histórico-comparativa de la cultura: al nomadismo originario del hombre primitivo, siguió el sedentarismo neolítico de la cultura agrícola, que se reforzó con el neosedentarismo de la sociedad industrial que, finalmente, ha dado paso a un neomadismo que caracteriza a la cultura actual (postindustrial). En realidad, el libro que ahora nos ocupa —y que se

ha editado solamente de manera póstuma— responde, a grandes rasgos, a las coordenadas que rigieron siempre el pensamiento de Tusquets: la preocupación por los problemas (ya fuesen culturales, teológicos o pedagógicos), la vocación histórico-comparativa y la categorización de las distintas situaciones según un esquema que descansa en la dinámica sedentarismo/nomadismo. Por lo general, las actitudes nómadas ofrecen horizontes aperturistas, mientras que las sedentarias se singularizan por posiciones más cerradas (antiaperturistas). Cada problema es susceptible de cinco soluciones: dos incompatibles con la Iglesia, el *nomadismo* y el *sedentarismo radicales*, y dos compatibles, el *nomadismo* y el *sedentarismo moderados*. En algunos casos pueda darse una solución *bivalente*, es decir, que favorezca en parte el nomadismo y en parte el sedentarismo. A partir de este esquema, Tusquets elabora un *test* que aplica a ambos Concilios, lo cual permite establecer un doble paralelismo comparativo cualitativo y cuantitativo. El sedentarismo moderado del Concilio Vaticano I contrasta con el nomadismo moderado del Vaticano I que presenta así unos guarismos más favorables en la comparación: la diferencia entre el aperturismo de los dos Concilios Vaticanos es de 21 puntos a favor del segundo.

Con estos antecedentes, Tusquets describe el largo trayecto que va de la convocatoria del Vaticano I a la clausura del Vaticano II a fin de rectificar las opiniones —a veces un tanto simples— en torno a este período histórico. Nos encontramos, pues, ante una obra divulgadora y didáctica sobre la base de una documentación suficiente, honrada y, sobre todo, vivida. No en balde, el Dr. Tusquets fue testigo de una serie de sucesos históricos —vinculados a las dramáticas horas de la historia de la España contemporánea— que, de una u otra forma, afloran en diversos pasajes de este libro que aborda la problemática conciliar en un doble aspecto: aquellos problemas que se refieren a la reforma interna de la Iglesia y aquellos otros inherentes a su posición ante las mentalidades e instituciones ajenas. No nos hallamos ante una obra polémica —a pesar que Tusquets siempre mostró una gran afición por los grandes publicistas del siglo XIX, como Balme y Donoso Cortés—, sino ante una manifestación pública del gran amor que

siempre profesó por la Iglesia católica. Desde su retiro de la Residencia Sacerdotal de Sant Josep Oriol (Barcelona) Tusquets redactó unas páginas llenas de pasión pero, a la vez, de equilibrio y mesura. Al escudriñar los entresijos del Vaticano I (la trayectoria aperturista de Pío IX y la posterior reacción conservadora que por causa de la revolución de Garibaldi atemperó su aperturismo inicial), Tusquets concluye que el aperturismo moderado se frustró por tres condicionamientos: el sectarismo revolucionario, la rutina anacrónica y la inestabilidad política. Después de analizar el Vaticano I, llega el turno a la génesis y desarrollo del Vaticano II, convocado por Juan XXIII y continuado por Pablo VI, papas por los cuales Tusquets muestra grandes simpatías y con cuyas reformas sintoniza por responder a un inequívoco espíritu de aperturismo moderado. Como siempre, y de acuerdo con su ascendencia aristotélico-tomista, Tusquets se sitúa en un equilibrado punto medio: entre el aperturismo radical (una especie de nomadismo absoluto) y el antiaperturismo absoluto (una especie de sedentarismo radical).

Es hora de acabar y de significar que después de la lectura de esta obra nos aparece una imagen del Dr. Tusquets que sintetiza las diferentes corrientes que influyeron en su pensamiento que, de este modo, se aleja de cualquier tentación inmovilista: al igual que el Concilio Vaticano II Tusquets fue partidario de un aperturismo equilibrado, moderadamente nómada a partir del cual pretendió dar sentido a toda su obra pedagógico-cultural, ya fuesen sus intentos de renovación catequética o bien se tratase de su visión internacionalista de la educación. Al fin de cuentas, Tusquets consideraba que la pedagogía era un instrumento eficaz que podía contribuir a la mejora equilibrada del mundo.

CONRAD VILANOU

VICEN FERRANDO, María Jesús: *Mariano Carderera y Potó. Orígenes y desarrollo de su pensamiento pedagógico*. Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1999, 379 pp.

Supone para nosotros un deber y una gran satisfacción el poder presentar y valorar el trabajo de investigación elaborado por la

profesora María J. Vicen Ferrando, defendido en su momento como tesis doctoral, sobre la figura y la obra del emblemático pedagogo del XIX Mariano Carderera. Desde mi punto de vista, Carderera simboliza la pedagogía oficial española decimonónica (no sólo por la época sino también por el contenido) así como la pedagogía normalista del momento. En cuanto a la primera coordinada debemos remitirnos al voluminoso elenco de publicaciones aparecidas en medios creados, dirigidos o inspirados por él como *Anales de Primera Enseñanza*; *Revista de Instrucción Primaria o el Diccionario de educación y métodos de enseñanza*. Escritos que serán el primer referente tanto para los maestros en ejercicio como para los alumnos de las Escuelas Normales. En cuanto responsable del modelo normalista español decimonónico decir que este papel viene definido por su ejercicio profesional como primer inspector general del que dependerá el funcionamiento administrativo, curricular y organizativo de las Normales.

Destacamos también que el estudio se haya hecho desde Aragón, mejor desde el Alto Aragón, una de las cunas del regeneracionismo, de la libertad y un marco especialmente significativo en cuanto a figuras significativas en el desarrollo normalista español. Por tanto, se trata de una aportación más a la reconstrucción de la historia de la educación regional que valoramos positiva y que viene a sumarse a los cada vez más frecuentes estudios elaborados en ese contexto por los profesores María Rosa Domínguez Cabrejas, Víctor M. Juan Borroy y otros investigadores.

En cuanto a la estructura organizativa del trabajo de investigación creemos que el enfoque elegido, concretado en dos bloques temáticos (uno sobre la vida profesional de Carderera y el otro sobre la pedagogía), resulta un tanto cerrado y provoca algunas determinaciones o limitaciones en la explicación socio-política, institucional o ideológica en la que también debemos enmarcar la aportación de Carderera. En este sentido, nos hubiera gustado una mayor profundización en la explicación del modelo normalista del autor (su posición en torno a la reducción de las Normales, el número de alumnos, el currículum, la selección de profesores, etc.); las relaciones del autor con el grupo krausista y des-